

que las ovaciones estén sonando. Recordó, sin duda, esos eternos consejos sobre la sonrisa. Entonces arengó a su tropa: «Niñas, *profidén*», les dijo, y la tropa sonrió:

Mientras escuchábamos entre bastidores la copla:

*Antiguamente eran dulces  
todas las aguas del mar.  
Se metió una malagueña  
y se volvieron "salás".*

mientras el rasgueo de las guitarras y el taconeo de los zapatos nos llevaba el compás del corazón, Adolfo, Porfi y otros marineros charlaban conmigo.

—Yo tantó, la verdad, no esperaba...

—Esto hay que mojarlo.

Pero si hubiésemos tenido que mojar todos y cada uno de los triunfos alcanzados por los Coros y Danzas, todavía estaríamos escandalosamente húmedos.

A cuerpo limpio, sin trucos espectaculares, sin más defensa que el salero, sin más artificio que un telón de plata, los mayos populares y el color de sus trajes, las chicas se estaban metiendo en el bolsillo a uno de los públicos más selectos del mundo, más habituados al manjar exquisito, a la novedad, al estrellismo. Un experto —nunca faltan los expertos en el corro de un enviado especial— aseguraba que los Coros y Danzas eran un espectáculo de abono oficial con precios superlujo. Un antiguo teniente de Regulares, a la sazón secretario de Embajada, me confesó que las manifestaciones externas de su particular emoción llegaban a zonas peligrosas

para la dignidad del mando indígena. César Pico y Anzoátegui repartían abrazos a la salida, y tan contagioso resultaba aquello que, por un momento, hasta yo mismo me creí un poco responsable del éxito de las chicas españolas.

Todavía con la piel erizada por aquel continuo escalofrío de amor y de nostalgia que conmovió al público del teatro Colón, me lancé a buscar un taxi para ir a la oficina del cable.

Un coche paró en mis narices. Desde dentro me dijeron:

—¿No viene usted con las españolitas?

—Pues sí...

Y sin más explicaciones se pusieron a mi disposición. De esta manera alcancé sin retrasos la hora del cable y un par de tragos. Luego me fuí al Club Español, donde la colectividad agasajaba a las muchachas con una cena fría seguida de... baile. Para descansar, estas niñas nuestras —que Dios las bendiga— organizaron un correcales a través de todos los salones, de todos los pisos del club, llegando a conmover la tenaz seriedad de los departamentos dedicados a billares y otros juegos. De todos los asistentes, ellas eran las menos fatigadas. Más se habían cansado muchos aplaudiendo, que ellas ganando los aplausos.

Encantado de la vida me acerqué a Lali Rídruejo para pedir órdenes.

—Mañana, a la mañana, se vuelve a La Plata. Allí se come, y por la tarde las niñas actúan en el Luna Park.

(Continuará.)

